

EL DESENGAÑO

PARTE VIGÉSIMA-PRIMA.

Factis honestis, atque justitia hostes vincere non minor, immo etiam utilior res est, victoria armis partâ.

Polyb. Lib. 3.

Y Amas pensó Napoleon en sugetar tantas provincias, ni en abatir tantos tronos. Al principio de su elevacion se hallaba al parecer satisfecho con los progresos que hacía entre los franceses mismos, y no aspiraba mas que á colocar sus hermanos en los primeros empleos. No tubo entonces mucho zelo por extender su poder fuera de los países, que la fortuna sometió al yugo de la Francia en aquella época en que forzada á defenderse de sus enémigos externos, la defensa propia le facilitó nuevas adquisiciones; pero la lisonja, la casualidad y la ocasion dieron á su orgullo una estatura gigantesca, y el buen éxito de unos artificios incitó otros hasta engendrar en él la insaciable hambre de dominar.

Año
de
1808.

Arraigada ya en su alma esta pasion, acumulaba empresas sobre empresas, y apenas acababa una, venia otra con tal seguridad, que confirmando el suceso las predicciones, movian la admiracion y el asombro, tanto que pronunciadas se juzgaban infalibles. La causa de este fenómeno eran el continuo acecho de los gabinetes extrangeros, las noticias ciertas de los partidos y opiniones que interiormente los dividían, y la actividad de los medios, que á proporcion de estos conocimientos, ponía en práctica. Asi es, que mucho antes de acometer á las naciones meridionales había anun-

ciado su conquista sin nombrarlas, y si á las demas embistió declarándoles previamente la guerra, aunque injusta y con pretextos aparentes, á estas las ha invadido baxo la capa de proteccion y de amistad. Solo para ellas reservó la mas atroz alevosía.

Hemos visto algo de lo que ha tramado contra España, y de los planes que concertó para apoderarse de sus vastas y opulentas posesiones. Su fingido viage á la capital, las astucias de que se valió para aprisionar á Fernando, y las conferencias de Bayona nos han instruido de sus ocultos pérfidos designios. Sepamos, pues, el raro modo con que quiso introducir la prosperidad, infundiendo terror, quando prometia dicha, contento y desahogo; pero antes de trasladarnos á Madrid, donde se preparaban las mas trágicas escenas, y donde por la vez primera iban los franceses á verter la sangre de sus generosos huéspedes, que ha servido de riego para erguir el arbol de la santa libertad, y de tinta para firmar el exterminio de los vandidos, antes que la mezclemos con nuestras lágrimas, y mientras nos prevenimos á renovar la trisísima memoria de un dia funesto y luctuoso, traduciré, extractandolo por no interrumpir el órden cronológico que sigo, el difuso manifiesto original, que en 1. de mayo publicó en el rio Janeiro el príncipe Juan de Portugal. No solo brilla en él la victoria de la justicia, y la razon sobre la iniquidad y la violencia, victoria mas gloriosa que la que se alcanza con las armas, sino que forma la relacion historial de los acontecimientos políticos de aquel reino en el curso de diez y seis años. Es un expuesto sumamente interesante por la franqueza, la sencillez, y el decoro con que refiere la condescendencia del gabinete de Lisboa para aplacar, sin haber podido lograrla, la ambicion de Bonaparte. Es en fin un enérgico llamamiento á las pocas potencias, que aún no han sentido el azote; pero cuya esclavitud está trazada en elejem-

plo de Portugal y de España.

Desafia á la Francia á que produzca un solo hecho, que contradiga la verdad, en que se fundan todas sus asersiones. Un soberano á quien veneran sus vasallos, mas por las bellas prendas que lo adornan, que por los títulos que heredó, y por los quales reina sobre ellos, leyó con espanto en una gazeta ministerial proscriptos los derechos de su familia á la corona, y sin separarse de las máximas, que constantemente había seguido, trató de ahorrar los desastres de sus pueblos. No son las injurias ni los valdones con los que desde el seno de su nuevo imperio levanta la voz y se queja: con la moderacion y los datos mas auténticos demuestra quanto ha sufrido por no ser presa de la ferocidad, y excita la atencion de los que todavía pueden precaverse del pillage, de la tiranía y del atheismo. Como no siempre quedan impunes la usurpacion y los delitos, y como la fuerza se gasta y debilita, es de esperar que no durará la de Bonaparte, y que haya encontrado otra mas robusta que la consuma.

La casa de Braganza, que repentinamente se ha transferido al Brasil, y guardó silencio en las anteriores difíciles circunstancias, vió con lástima la revolucion francesa, y deplorando el destino del virtuoso rey, con quien lo unían vínculos de sangre tan estrechos, no tubo parte en los disturbios que promovieron los malvados, y procuró observar siempre la mas perfecta imparcialidad.

En 1793 llegó á Lisboa un embiado frances, que se acogió con toda consideracion, aunque no fué reconocido, porque los principios del derecho público y de gentes no autorizan á los gobiernos á consentir mudanzas extraordinarias, sin que se acrediten de legítimas, y ninguna nacion puede hacerse en semejantes materias juez de otra, si es independiente. El gobierno frances apresó los navios mercantes portugueses no habiendo de-

*

clarado la guerra, y sin que precediese alguna formalidad. Despues de la paz de 1801 pidió y logró indemnizaciones por las que la corte de Portugal había detenido, para una legítima compensacion, y nunca atendió á las reclamas de los negociantes portugueses.

Quando España, aliada entonces de Portugal hizo la paz con la Francia no solo se olvidó de incluirlo en ella, sino, lo que es quizá inaudito, se confederaron para obligarlo á recibirla con capitulaciones humillantes, y siempre fué su contraria, hasta que depuso las armas, y se concluyeron los tratados de Badajoz y de Madrid, aprovechandose tambien de las fuerzas francesas para apropiarse una pequeña porcion de terreno en Alentejo del lado de Olivenza, monumento eterno de ingratitud al soberano, que á pesar de la antigua rivalidad de las dos naciones, cumplió con la alianza que entre ambas existía.

Los convenios de Badajoz y de Madrid demuestran la perfidia de los enemigos de Portugal, pues la Francia no quiso ratificar el de Badajoz, y compelió al gabinete de Lisbón á subscribir en Madrid condiciones mucho mas duras, sin otro motivo que su capricho y ambicion. El de Lóndres entre Inglaterra y Francia modificó algunas cláusulas mui onerosas á Portugal, y fixó los límites de la parte del norte de la América, lo qual confirmó la paz de Amiens. Fenecido el de 1801, se apresuraba Portugal á executar los capítulos, que le gravaban, y á hacer ver por el religioso y puntual desempeño de sus ofertas, quanto deseaba afianzar la buena armonía, y no acordarse de las injusticias que experimentó sin provocarlas. La conducta del gobierno frances, fué mui diferente, y en los momentos en que se restableció la paz exigió toda clase de sacrificios á favor de las mas extravagantes pretensiones de sus súbditos.

Ya entonces debió la Europa prever que Napoleon

había resuelto dilatar la esclavitud desde Lisboa á Petersburgo, y que no había medio entre decidirse á coligar para derribar al coloso, ó ser su víctima.

Después se encendió de nuevo la guerra de la gran Bretaña con la Francia, y habiendo Portugal trabajado por evitarla, se creyó venturoso en conseguir á costa de mucho dinero, la convencion de 1804, en cuyo artículo VI se expresó: "El primer cónsul de la república francesa consiente en reconocer la neutralidad de Portugal, durante la presente guerra, y promete no oponerse á alguna de las medidas que se tomen con respecto á las naciones beligerantes, á consecuencia de los principios y leyes generales de la neutralidad." De este tratado sacó el gobierno francés todas las ventajas posibles, y á pesar de él, no solo exigió que Portugal la quebrantase, sino que se declarara contra la gran Bretaña, violando los pactos que subsistían entre las dos potencias. En este intervalo mandó el emperador de los franceses salir una de sus esquadras en que iba embarcado su hermano: fondeó en la bahía de Todos Santos: se le agasajó y obsequió: se le franquearon refrescos, en recompensa de lo qual quemó algunos buques portugueses para encubrir su direccion, ofreciendo indemnizar á los propietarios, lo que nunca verificó.

De aquí puede inferir la Europa la suerte que le espera, si el gobierno francés alcanza sobre el mar el ascendiente que goza sobre la tierra. También avaluará el fundamento y peso de las altas quejas, que publica contra el ministerio británico.

El secretario de relaciones exteriores de Francia se atrevió á decir, que Portugal auxilió á Inglaterra, para la conquista de Montevideo y Buenos Aires, siendo notorio que á aquella expedicion procedente del cabo de Buena Esperanza, no contribuyó con navios, dinero, hombres, ni mercaderías de las prohibidas, ni durante esta guerra tomaron los ingleses en el rio Janai-

ro, ni en los demás puertos del Brasil, mas que lo que á ninguna nacion se niega, y se había franqueado abundantemente á los franceses.

Desde 1804, hasta 1807 exportaron estos de Portugal todos los géneros coloniales y primeras materias para sus manufacturas: la alianza de la gran Bretaña y Portugal les fué mui provechosa: y en la depresion en que se hallaban las artes y la industria de resultados de la perpetua guerra terrestre y de la marítima desastrosa, Francia se consideraba feliz con el comercio de Portugal que nada lo impedía, y era utilísimo á los dos estados.

Asolandolo y sugetandolo á contribuciones excesivas sin haberlo conquistado ni encontrado por su parte resistencia, no coge Francia el fruto que le hubiera producido un tráfico ventajoso á él y á ella.

La corte de Lisboa imaginaba que la de las Tuillerías respetaría la neutralidad establecida por un tratado solemne; origen de tantos y tan decididos beneficios, quando en agosto de 1806 la desengañó la intimacion que el ministro Talleyrand hizo al lord Yarmouth, de que si la gran Bretaña no se prestaba á la paz marítima, el gobierno frances rompería la guerra con Portugal, y embiaría 3000 hombres para ocuparlo.

No se invadía este reino con aquel número de tropas; pero Bonaparte conocía la seguridad en que se hallaba: juzgaba sorprehenderlo: y esto bastaba para justificar sus procederes.

Asustóse el gabinete de Lóndres, propuso y brindó á Portugal con toda especie de socorros; mas el emperador de los franceses, que se disponía á aniquilar á la Prusia, que si un año antes hubiera querido atacarlo, habría quizá redimido á Europa ligandose con Austria y Rusia, tubo medio de tranquilizar á Portugal, que no pudo persuadirse á que semejante maldad cupiese en una potencia, cuya grandeza debía ser igual

á la buena fé, y á los sentimientos de dignidad, que tanto se concilian con la grande exáltacion.

La guerra que despues continuó con Rusia, y que acaso habría librado tambien á Europa, si hubiera sido tan estrecha, como debía, la union de los consejos que la dividen, retardó las ideas de Napoleon con respecto á Portugal, y solamente desde la paz de Tilsit le hizo hacer por su embiado, en un estilo dictatorial, y tal, qual podría convenir á Carlo magno para con los príncipes de que era señor soberano, las siguientes extraordinarias proposiciones. " I. Cerrar los puertos á Inglaterra. II. Derener todos los ingleses que residían en su territorio. III. Confiscar todas las propiedades británicas, ó en caso de negativa, exponerse inmediatamente á una guerra con Francia y con España," pues el encargado de negocios de la una, y el embaxador de la otra tenían orden de marchar en el dia 1. de septiembre, tres semanas despues, si el gabinete de Lisboa no contestaba afirmativamente á las solicitudes de las dos córtes.

Nótese la buena fé del gobierno frances por la celeridad con que hecha esta notificacion, y sin aguardar la respuesta, ordenó se embargasen los baxeles mercantes portugueses que había en sus puertos, y empezó las hostilidades sin declarar la guerra, excediendo á los procedimientos que no dexa de acusar á la gran Bretaña, y que ya deben apreciarse en todo su justo valor. Portugal pudo adoptar la máxima de los romanos, de que las condiciones deshonrosas suelen salvar á los que no las aceptan y perder al que las propone; pero trató de moderar las del gobierno frances, accediendo á la clausura de los puertos y refutando los otros dos capítulos. Desde entonces empezó el príncipe regente á tomar medidas para retirarse á aquella parte de sus estados libres de invasion: mandó armar los navíos de su esquadra capaces de navegar: hizo salir de sus do-

minios á los ingleses: * dispuso se le cerrasen los puertos para ceder á una fuerza superior y para complacer al emperador de los franceses sino lo convenia la justicia con que sustentaba los derechos de su independencia: y los que dimanaban del tratado de neutralidad concluido en 1804.

Viendo que lexos de allanarse Bonaparte á alguna conciliacion estrechaba sus instancias, condescendió en todas ellas, manifestando empero que si las tropas francesas entraban en Portugal, estaba determinado á transferir el asiento de su gobierno al Brasil, que formaba la parte mas esencial y la mejor defendida de sus dominios. En consecuencia resolvió se aproximase á las costas y puertos de mar todo su ejército, persuadido á que habiendo obtenido Francia quanto pidió, nada mas exigiría, y confiado en la buena fé, base de todo gobierno que no es revolucionario.

Francia no obstante se portó de un modo que carecería de exemplo en la historia, si la incursion de los franceses en la Suiza en el tiempo del directorio ejecutivo no presentase uno perfectamente semejante. Sin antecedente declaracion de guerra, sin consentimiento del soberano entró Junot con su vanguardia en el reino, afirmando á los habitantes de las aldeas y de los pueblos del tránsito, que venia á socorrer á su príncipe contra el ataque de los ingleses como general de una potencia amiga y aliada. Halló pruebas evidentes de la sinceridad del gobierno portugues en el descuido con que estaba respecto á Francia, y que todas sus tropas ocupaban la inmediacion de las costas.

En la sorpresa pudo el príncipe Juan reunir las que tenia cerca de sí, y admitiendo la esquadra inglesa en el puerto de Lisboa reducir á polvo el pequeño cuerpo que adelantaba Junot con una temeridad, que sería increíble en otro que en él, á quien su anterior conducta en Venecia y en Lisboa mismo ya ha-

bía hecho conocer; pero no era prudencia aventurar los pueblos á irreparables estragos por un primer suceso seguro, que solamente serviría á castigar la audacia del que abusaba del poder que se le había conferido.

En este conflicto fué preciso que el príncipe regente abrazase el único partido que le quedaba para estorbar la completa execucion de las criminales idéas de Bonaparte, que eran nada menos que apoderarse de su real persona, y de las de su augusta familia, y repartir despues á su modo y á su antojo la corona y propiedades de Portugal. La providencia favoreció la evasion de su príncipe al Brasil: trastornó los cálculos de Napoleon, y descompuso los pérfidos intentos de quien no se dirige á otro fin que el de sojuzgar la Europa y el mundo entero, si las grandes potencias, despiertas del letargo en que yacían, no forman causa comun contra una ambicion tan ilimitada é insufrible.

Luego que S. M. llegó felizmente al Brasil supo con horror no solo la usurpacion de su monarquía, su asolacion y saquéo, sino el indigno procedimiento del emperador de los franceses, que se atrevió á acriminarle el haber transferido su capital á la América, y á conminar á los fieles vasallos que lo siguieron. Se pregunta á Napoleon, de quien ha recibido semejante potestad, y sobre este punto se reclama la mas seria reflexion de la Europa, que no podrá mirar á sangre fría lo que se acaba de exponer, la intrusion del nuevo gobierno en un reino que lo detesta, y la cobranza de contribuciones desmedidas en un país que no se ha resistido, y que por lo mismo no pudo considerarse como en estado de guerra. Las naciones imparciales y la posteridad mas remota exáminarán con dolor tales atentados de los siglos de barbarie que antecedieron y subsiguieron á la caída del soberbio imperio romano, y que no se reprimirán si no se restablece el equilibrio por un esfuerzo unánime, y por el

olvido de todas las competencias que han sido origen del engrandecimiento del monstruo, que amenaza la ruina universal.

Por tantos y tan justísimos motivos cortó el príncipe regente la comunicacion con Francia: autorizó á sus vasallos para que hiciesen la guerra por tierra y mar á los del emperador de los franceses: anuló los tratados que este le obligó á firmar, especialmente los de Badajoz y de Madrid en 1801 y el de la neutralidad en 1804, pues que los infringió, y nunca los respetó: declaró que no soltará las armas sino de acuerdo con su aliada fiel la gran Bretaña, y en ningun caso hará, ni consentirá la cesion del reino de Portugal, que constituye la mas antigua parte de la herencia y de los derechos de su casa: y que quando Napoleon haya satisfecho sobre todos los puntos á las reclamaciones de S. A., abandonado el tono absoluto é imperioso con que rige á la oprimida Europa, y restituido á la Lusitania lo que invadió en medio de la paz sin provocarlo, renovará los enlaces que siempre subsistieron entre ambos países, y deben ligar á las naciones para no apartarse jamas, sino porque intervenga una ambicion desmesurada, que segun enseña la experiencia es muy contraria á la prosperidad y tranquilidad de cualquiera que la adopta.

¡Quanta analogía hai en los medios escogidos por Napoleon para sojuzgar á Portugal y á España! En los dos reinos fueron la proteccion y la amistad el pretexto con que conduxo tropas dentro de sus territorios hasta las mismas capitales; uno y otro padecieron sacrificios enormísimos por agradarlo, y preservarse de su crueldad; con sus tesoros y recursos ayudaron respectivamente á las conquistas del norte, que han ensanchado su poder, y hecho terrible su nombre. La única diferencia es que en aquel no pudo conseguir la prision de sus soberanos, y los de esta cayeron en la

red, que les tendió la traicion y la perfidia.

Si Bonaparte, el encarnizado enemigo de todos los solios, de todos los gobiernos y de todas las sociedades civiles consultara á sus propias inclinaciones y le fuera dado el propagar á su gusto el sistema de su política infernal, no quedaría una autoridad en el orbe. Este hipócrita de la religion y de las costumbres, este apostol de la obediencia á los soberanos, á los magistrados y á las leyes, este panegirista de la paz y del sosiego desmiente á cada paso su doctrina por las frecuentes guerras que suscita, ya interiores con la intriga, ya exteriores con las armas, contempla como imbéciles á los que combatiendo baxo las banderas de sus príncipes creen que combaten por la patria, y caracteriza de insurgentes y rebeldes á los que lidian por su libertad é independencia. De esta manera siembra la revolucion general anti-monárquica, para que de ella descienda la anti-cristiana que quiere establecer.

Casi los mismos medios que ha empleado contra los tronos emplea contra el altar, los que le han servido para sembrar y extender el espíritu de insurreccion, le sirven para repartir la impiedad. Su principal estudio es combinar las hostilidades é insultos á los monarcas, con los desacatos é injurias á Dios. Esto lo prueban el despojo violento de tantas coronas, la usurpacion de tantos reinos, la aselacion de tantos paises, las profanaciones de lo sagrado, los raptos de las esposas de Jesucristo, los sacrilegios contra su sacrosanta persona, la prision y vituperio de su vicario en la tierra, los asesinatos de sus ministros, el escarnecimiento de las imágenes, la extincion de religiones, la abominacion de la deidad y del culto, y en fin ese innumerable cúmulo de escandalos que él, los reyézuelos que ha creado, sus generales y sus tropas, decretan, consienten y ejecutan en todas partes. Al afecto que los pueblos tienen á sus príncipes, y á los sentimientos de venera-

ción y confianza que les profesan, hace suceder los de despego é inobediencia, y de esta forma los conduce al odio del cristianismo; pues para atacar con desvergüenza á las que llama supersticiones religiosas ha creído preciso empezar por los que titula déspotas.

Lo mas singular es que en medio de su habitual aborrecimiento, de su misantropía incurable lo engría y alucine el esplendor de la diadema, y ansie por poner en su cabeza la del mundo. Este sería en realidad un arcano incomprensible, si no supiéramos, que deseando la destruccion de los reyes igualmente que la de los hombres y la de la naturaleza misma, ha concebido la necesidad de dominarlos para llegar á su objeto, y anhela á ser el único monarca para servirse de unos contra otros en la imposibilidad de matarlos todos por su mano, y de devastar por sí solo. Donde quiera se oyen los rugidos de este leon desencadenado; donde quiera resuenan los gritos de las naciones desoladas por su furor.